

¿LENGUAS EN CONTACTO O LENGUAS EN CONFLICTO?

LENGUAS AMENAZADAS

RAFAEL AREIZA LONDOÑO*

Resumen

Las lenguas entran en contacto como consecuencia de una serie de procesos económicos en un contexto donde las condiciones del mercado no son equitativas sino, por el contrario, impuestas por unos y aceptadas por otros en una relación aparentemente igualitaria. Nada más alejado de la realidad. Todo contacto de lenguas lleva consigo un conflicto entre las mismas que desemboca en perjuicio de la lengua económicamente más débil, la cual en última instancia entrará en un proceso más o menos acelerado de extinción. Éste es un fenómeno que se ha vivido históricamente en todo el mundo y que hoy, más que nunca, está presente en nuestro entorno inmediato, en beneficio del patrón lingüístico y cultural poseedor de la mayor capacidad económica.

Palabras clave: Diversidad lingüística y cultural, lengua, cultura, factores endógenos y exógenos, comunidad indígena, lenguas oficiales o nacionales, patrimonio en peligro, contacto interlingüístico.

Title: *Languages in Contact or Languages in Conflict—Endangered Languages*

Abstract

Languages come in contact as a consequence of a series of economic processes in a context where the market conditions are not equitable but, on the contrary, imposed by some and accepted by others in an apparently egalitarian relationship. But nothing is more alien to reality. Every language contact entails a conflict between them which weights down on the economically weaker one, which sooner or later will become extinct. Historically, this phenomenon has occurred all over the world,

* Profesor de la Universidad de la Salle.

and is now, more than ever, happening all around us, for the benefit of the wealthier cultural pattern.

Key words: Linguistic and cultural diversity, language, culture, endogenous and exogenous factors, indigenous community, official or national languages, endangered heritage, interlinguistic contact.

Una lengua que se extingue es una lengua que ha perdido el uso de la palabra.

CLAUDE HAGÈGE (2002)

Es de común conocimiento que uno de los hechos que caracteriza y ha caracterizado al mundo como una globalidad es la diversidad cultural y que, vinculada a ella, está la diversidad lingüística como consecuencia lógica y tal vez como su determinante fundamental. Todas las comunidades de todos los lugares del mundo hablan, necesariamente, una lengua que se ha ido acomodado a las características sociales culturales e históricas para responder a las demandas expresivas o comunicativas de sus usuarios dentro de su propio contexto. Esto muestra la íntima relación entre lengua y cultura, hasta el punto de que la una se hace indisoluble de la otra.

Si tenemos en cuenta las implicaciones del término *lengua* dentro de algunas concepciones lingüísticas, se puede decir que es “un sistema homogéneo”, común a todos los hablantes, que, sin embargo, y a pesar de su homogeneidad estructural, adopta, para su expresión dentro de un contexto específico, formas superficiales que son manifestaciones de la idiosincrasia del contexto donde se utilice. De ahí que se podría plantear la diferencia entre la lengua como un sistema y el idioma como una particularidad lingüístico-cultural que adopta una misma lengua dentro de un campo simbólico más o menos macrocultural y que la sociolingüística denomina, muy adecuadamente, “variante lingüística”.

Es esa dimensión cultural lo que permite expresar, reconocer e interpretar, en el manejo de las lenguas, la idiosincrasia de los pueblos y las actitudes y comportamientos de los usuarios de esa particularidad lingüística, ya que la lengua, como un producto abstracto y tal vez metafísico,

¿Lenguas en contacto o lenguas en conflicto?

no puede expresar el carácter ideológico de los discursos, sino que es sólo un instrumento transparente e imparcial frente a los intereses de una comunidad de habla. De esta manera, el idioma de una comunidad, en cuanto dimensión sociológica y cultural de la misma, es el fundamento semiótico de todos los procesos comunicativos y discursivos, ya que en éstos se manifiestan los valores, la identidad y, en general, todo lo definitorio del grupo como poseedor de una visión particular del mundo.

De lo anterior se podría deducir que cada una de las lenguas tiene sus variantes idiomáticas como consecuencia de las distintas cotidianidades características de las comunidades de habla o variantes idiomáticas que la constituyen y que sólo como consecuencia de ellas la lengua adquiere su definición social y puede expresar adecuadamente el universo sensible al responder a las estructuras cognitivas formadas en el transcurso de la historia y que constituyen en últimas el espíritu de esa comunidad. Las variantes idiomáticas, entonces, se configuran como el principio motor de las comunidades, que, en virtud de sus posibilidades, se multiplican, se estancan o mueren como consecuencia de la vitalidad que le imprimen los hechos y de la fortaleza cultural, económica, ideológica, política de sus usuarios, frente a una realidad cambiante, donde sobreviven los más fuertes, como consecuencia de las disociaciones inducidas o propias de las comunidades amenazadas. Esas condiciones políticas, económicas, culturales e ideológicas, entonces, son las variables fundamentales que prestigian o no los grupos, su variedad lingüística y, en general, su sistema simbólico.

De manera que las lenguas, como los seres vivos, están expuestas a ser revitalizadas o a extinguirse como consecuencia de una serie de factores endógenos y exógenos que determinan su existencia en cuanto sistemas, expresiones de una forma de vida y de una concepción del mundo. Siendo un poco radicales podríamos asegurar

que son los usuarios de la lengua, las fortalezas o los conflictos internos del grupo y su capacidad de interactuar en condiciones de equidad con otros grupos lo que determina sus contactos y su supervivencia y la de su lengua frente a las condiciones necesariamente cambiantes del mundo.

Todas las lenguas del mundo han estado en contacto con otras lenguas. Podríamos mostrar el caso de todas las lenguas indígenas colombianas, que, por fuerza, han tenido contactos de distinto tipo con el español en su propio territorio como consecuencia de procesos políticos, económicos, educativos, religiosos, bélicos, etc. De este hecho no se han librado ni las comunidades que habitan en lugares desconocidos de la geografía colombiana —por ejemplo, en la selva amazónica, donde fueron “encontrados” los indígenas Nukak Makú—. Otro tanto podría decirse de las comunidades celtas de las Islas Británicas o de las lenguas aborígenes australianas o surasiáticas. Sin remontarnos a la época de la Conquista y de la Colonia, en Colombia todas las lenguas de todas las comunidades indígenas y sus sistemas míticos fueron objetivo de la lengua española a través de la catequización, para lo cual muchas comunidades religiosas trajeron a sus doctores desde España para ejercer su labor catequística en las comunidades indígenas, ignorando sus convicciones religiosas o míticas. De esta manera, las lenguas indígenas entraron en contacto con el español por la fuerza de la doctrina, utilizada ésta última como instrumento ideológico con objetivos económicos.

Cuando llegaron a nuestra patria, nuestros “descubridores” encontraron una diversidad lingüística y cultural que desde el primer momento se propusieron exterminar, y, a nuestro pesar, lo lograron por muy variados métodos, desde los más violentos, como el exterminio masivo y la propiciación del suicidio colectivo, hasta otros, no menos violentos, como provocar el olvido y el repudio de sus

raíces culturales y construcciones ideológicas simbólicas. Todo esto diezmo severamente la población, devastó la cultura e implantó un nuevo régimen político, ideológico, económico y –¿por qué no decirlo?– lingüístico. Este proceso, que vivieron y continúan viviendo los indígenas en amplias zonas de la geografía nacional, se repitió, sobre todo, en todo el contorno latinoamericano y africano, con otras características y otros actores pero con el mismo propósito económico, transformando las lenguas de esas culturas –como el cueva, el malibú, el muisca, el panche, el muzo, el colima, el pantagoro, el pijao, el betoi, el maipure, el guayupe y otros “de cuyo nombre no quiero acordarme”– en meros recuerdos históricos.

Hoy en el mundo se hablan unas cinco mil lenguas, en aproximadamente doscientas macrodivisiones políticas donde esas lenguas se adquieren y usan como lenguas nativas y se reconocen como lenguas oficiales o nacionales, según el caso. De esas cinco mil lenguas, sólo unas doscientas son prestigiadas, lo cual representa un 0,04%. En ciento veinte de esas doscientas macrodivisiones políticas se tiene como lengua oficial el inglés, el español, el árabe o el francés, que en total representan menos de 0,01% de las lenguas del mundo actual. A este respecto cabrían varias preguntas: ¿por qué se hablan esas lenguas en casi todo el mundo?, ¿qué factor(es) ha(n) incidido en su amplia difusión?, ¿qué ha sucedido, qué sucede y qué sucederá con el otro 99,99% de las lenguas?

Si retomamos lo dicho dos párrafos atrás y lo relacionamos con las preguntas anteriores, debemos inferir que, en términos reales, no hay lenguas en contacto y que todo “contacto interlingüístico” es, en realidad, un conflicto lingüístico. La historia demuestra que, cuando dos lenguas entran en contacto, una de ellas, la de mayor prestigio, la de mayor poder económico, la de mayor arraigo cultural, tiende a ser dominante, con la consiguiente subordinación de la otra, confinada a las actividades informales o más

cotidianas y de menor trascendencia económica o política, mientras que la primera se utiliza en actividades de mayor envergadura socioeconómica y se acoge, en últimas, como la lengua oficial, negando de esta manera la existencia política y social de las lenguas terrígenas. Este proceso, como dijimos, se vivió en América a raíz de la colonización española y portuguesa del siglo xv, cuando los conquistadores impusieron su lengua —superestrato— a las de los indígenas —sustrato—; otro tanto hicieron los franceses en sus distintas colonias africanas, produciendo tal grado de aculturación que las lenguas impuestas se denominaron “lenguas nativas”, y las naciones, “madres patrias”.

Como se sigue infiriendo, no hay “contactos inocentes”, se trata de la dominación del más fuerte, quien impone su lengua, la lengua hegemónica, que partir de ese momento toma el lugar de la ancestral, sustituyéndola en su prestigio, dentro de su propio territorio. Aparentemente la lengua de prestigio permanece en convivencia con la otra lengua; sin embargo, ella ejerce presión para que los usuarios de la lengua vernácula la abandonen y se asimilen a la nueva lengua y a la nueva cultura, con instrumentos muy propios de las naciones poderosas, como la publicidad, la propaganda, la educación, etc., que se enmarcan dentro de una política lingüística, adoptada para acelerar procesos sociales.

En un informe a las Naciones Unidas, Ranka Bjeljak-Babic (2000) comenta que en el mundo mueren anualmente unas diez lenguas, lo cual es aterrador, y con razón considera que las lenguas que hoy se hablan en el mundo son un “patrimonio en peligro”. Si continúa esa rata de extinción, a finales del siglo xxi solamente se hablarán unas cuatro mil, lo cual representará una debacle mundial por lo que esto implica desde el punto de vista demográfico, económico, político y, sobre todo, cultural. Este hecho debe alertar a todo el mundo, porque tarde o temprano podríamos ser otro personaje de Samuel Beckett.

Todo esto nos hace sospechar que el mundo actual no ha terminado de configurarse lingüísticamente. Sin pretensiones apocalípticas, llegará el momento en que, como consecuencia de nuevos hechos económicos, se hablarán (muy) pocas lenguas en el mundo, que corresponderán a sus respectivos linderos ideológicos y económicos, en detrimento de cualquier obstáculo cultural o lingüístico. Estos cambios son muy lentos, casi imperceptibles, pero estamos hoy en un proceso inexorable de selección económica, en el que la lengua se ve involucrada por la fuerza de la historia.

Lo que al principio puede ser una simple ambición de transformar un pueblo, una cultura, en bilingüe —en una masificación del bilingüismo—, también se puede volver una amenaza contra ese mismo pueblo, así al principio se vea como algo inocente y transitorio o como un atractivo programa educativo. Suzanne Romaine (1996) cita el caso del pueblo austriaco de Oberwart, de origen húngaro, al principio monolingüe en húngaro pero que poco a poco se transformó en bilingüe y cuya lengua nativa, hoy, después de dos siglos, ha sido desplazada en beneficio del alemán. ¿No será que el programa “Bogotá bilingüe” nos expone a la misma situación? Se entiende que las características geográficas y culturales de Europa son muy distintas a las latinoamericanas, pero de todas maneras no deja de ser preocupante nuestra posición frente a las nuevas condiciones del mundo actual, que pueden generar amenazas contra nuestra lengua, el español. ¿No será que España ya se dio cuenta de la amenaza y su política lingüística de difusión y enseñanza mundial del español está encaminada a enfrentar este problema? ¿Qué está sucediendo en Latinoamérica a este respecto? ¿Tienen los países latinoamericanos —concretamente, Colombia— una política lingüística de protección y difusión del español? *¿Se ha discutido en Colombia la política de los derechos lingüísticos de los pueblos indígenas de nuestro país?*

De todas maneras no se puede pensar que los procesos de *lenguas en conflicto* y las consiguientes extinciones de lenguas son un hecho del pasado; en mi concepto, el proceso continúa y, siendo un poco exagerado, diría que se agudiza con la “libertad de mercados” del mundo globalizado, que, como lo dice muy claramente Noam Chomsky, “es una nueva época imperial” en la cual todo se ha transformado en mercancía, de lo que no se escapan ni la esencia biológica de los seres humanos o no humanos ni —¿por qué no decirlo?— la cultura.

Inicialmente, el proceso de globalización se pensó en términos del desarrollo económico y cultural de los pueblos, pero la práctica ha demostrado que se está llevando a cabo a espaldas de los intereses de las culturales particulares y de su vigorización, que les daría espacio a la pluralidad y la universalidad de las culturas; hoy se respira una tendencia a la concentración de los mercados y al aprendizaje mundial de una sola lengua extranjera, que coincidentalmente corresponde a la del “patrón”, alrededor del cual se unifican y monopolizan las políticas actuales. Como lo dijo Gerardo Álvarez en 1998¹, citado por Helman de Urtubey (2002), “a un mercado mundial unificado le corresponde un pensamiento unificado”. Detrás de esta consigna se esconde una “orden de ejecución” contra todo lo diferente, lo que en términos casi coloquiales podría enunciarse diciendo que el mundo, paralelamente al proceso de monopolización económica, tiende a su simplificación cultural y lingüística.

¹ Cita tomada de la participación del Dr. Álvarez en la mesa-panel “Mundialización económica” de los Estudios Interculturales de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNP, que tuvo lugar en marzo de 1998 en el Centro Cultural Eugenio F. Virla.

Bibliografía

- AREIZA LONDOÑO, RAFAEL; CISNEROS ESTUPIÑÁN, MIREYA y TABARES IDARRAGA, LUIS ENRIQUE (2004) *Hacia una nueva visión sociolingüística*, Bogotá, Ecoe.
- HAGÈGE, CLAUDE (2002) *No a la muerte de las lenguas*, Barcelona, Paidós Transiciones.
- HELMAN DE URTUBEY, SILVIA (2002) *Globalización: ¿empobrecimiento lingüístico o plurilingüismo enriquecedor?* <www.usuarios.arnet.com.ar/yanasu/urtubey.htm>.
- ROMAINE, SUZANNE (1996) *El lenguaje en la sociedad. Una introducción a la sociolingüística*, Barcelona, Ariel Lingüística.